

SPLEEN

Para ANALES MUNDANOS.



SA tarde vestía Malula una amplia pollera azul marino. Tan amplia era — aunque la moda de 1917 así lo imponía — que su mamá no la dejaba salir a la calle con ella, «por que era una exageración». Era el verdadero tipo de la *crinolina* que se usó por el tiempo de Rosas. Ella, sin embargo, estaba loca con su vestido y tanto, que no permitió a la modista hacerle arreglo alguno, dejándola para usarla *entre casa*.

Su busto estaba blandamente encarcelado en un blusa de igual color, con escote, por donde asomaba — purísima y limpia de colgajos — la garganta y parte del pecho como un divino triángulo de morena nieve.

Frente al espejo, se hundió una gran peineta entre la apaciguada tormenta de su pelo oscuro y se siguió mirando. Se encontró hermosa como nunca aquella tarde. Si Edgar me viera así, y con este vestido tan amplio, como a él le gusta, pensó. — Y tuvo deseos de ver al lado a su novio, no por verlo — precisamente — como lo deseaba momentos antes, sino porque la viera a ella más que todo. Luego cogió la piel, se la echó sobre los hombros con desgair y volvió a sentarse frente a la ventana.

Los vidrios se habían empañado tanto con el frío que le impedían ver lo que sucedía fuera. Por entretenerse puso su nombre con el índice en grotescos caracteres. Luego, casi inconcientemente, comenzó a escribir debajo: «Edg...» Antes de terminar el nombre de su novio retiró la mano del cristal. Pensó unos segundos y enseguida, frunciendo el ceño lo borró, así, inconcluso, con toda la mano, hasta dejar limpio el cristal. Era una cursilería. Al contacto del frío, la mano, que había estado unos segundos sobre el nivel del corazón, se tornó palidísima, resaltando así el rosa de las uñas que Malula usaba siempre brillantes. Al verse la mano tan afilada, tan morenamente pálida, se acordó — ahora seriamente — de unas palabras de Edgar dichas en tono de broma: «Sus manos son tan bellas, que no me dejan enamorar de Vd.» ¿Tendría razón; podría suceder? Era un caso de fetichismo, una rareza; pero no era Edgar un hombre raro también? Y el corazón de Malula, en ese momento, tuvo celos de sus manos. Luego se fastidió por haberlo pensado y por acordarse tantas veces de su novio. ¿Es que estoy enamorada ya? se dijo. Quiso no acordarse de él, pensar en otra cosa o en nada. Y tomó su postura anterior, la mano en la barba, el codo en la rodilla y la pierna cruzada.

Las ideas le iban y venían en un ejercicio suave del espíritu, encadenándose unas a otras y siempre guardando cierta relación entre sí. Los pensamientos fluían de ella como uniformados por el mismo traje gris melancólico, disipándose en el tono igual de la tarde. Su sutileza de mujer exquisita afilada en la piedra de los modernos refinamientos, era como una aguja enhebrando las cuentas de los acontecimientos en el hilo de plata de la memoria.

Viajaba del pasado al futuro pasando sobre el puente mal seguro del presente, y de instante en instante, se abismaba en la remembranza de tal o cual suceso, salía luego a la orilla del lago del recuerdo, y su imaginación, por momentos se desvestía el traje del pensar, vagando desnuda por el trozo de Pampa de un momento de olvido. Luego, cuando volvía a vestirse el traje apagado de sus ideas, hacía una espiral su pensamiento para concluir en un punto: Edgar. Al principio no quería confesarle a sí propia que lo recordaba tan ame-

nudo y se fastidiaba, hasta que concluía por habituarse a ello y buscaba razonamientos en disculpa de esta *debilidad*. Vendido de tal modo su exagerado amor propio por medio de la lógica; sobre el perfecto dibujo de sus labios se insinuaba una sonrisa fácil y franca, y sus ojos, al servicio de la memoria, miraban sin mirar, posados *in mente* sobre alguna agradable y cercana incidencia.

Era una mujer moderna, con matices de frivolidad, tanto que a veces, su felicidad dependía de cómo le quedaba el último vestido que le trajera la modista; y a pesar de ello, su modo de vivir, su soledad, la tornaban un algo romántica. A veces soñaba ser una princesa encerrada en el torreón enhiesto de un castillo roquero, esperando ver en la lejanía la pluma blanca del guerrero que le rendiera sus armas vencido por los suyos, y a quien ella, vencedora, le humillara el corazón.

Y el príncipe había llegado. No con pluma en el calañes allargo ni con espadín o tizona mosquetil, pero en cambio, en vez de la pluma blanca, un altivo penacho de ideas y orgullitos ella había descubierto en su frente.

Y lo amaba, al novio, al príncipe; pero lo amaba serenamente, friamente, sin arrebatos, sin arranques fervientes ni gestos románticos. Por eso no solo Malula ignoraba hasta donde quería a su *príncipe*, sino que a veces hasta dudaba de la verdad de su cariño. Tenía que dejar de verlo por algunos días, para notar entonces el vacío que sentía en su alma, para palpar lo interminable de las horas y cuan intensos eran entonces los deseos de tenerlo a su lado. — Después, al estar con él no le decía nada de sus nostalgias, guardaba el secreto de su amor como un tesoro, como un secreto. El no debe saberlo, pensaba. Le parecía una claudicación de su amor propio decirle «te amo». Representación genuina de la época, el prejuicio de la civilización había vencido en ella algo del sentimiento. El orgullo y el amor propio había agudizado más que el *propio amor* en su corazón. El amor era para ella, además de ser lo que para las de su sexo en general, una como lucha de orgullitos cruzando sus floretes en la pista aterciopelada del sentimiento. Cuando estaba junto a él — y el momento o la circunstancia en que se hallaban permitían alguna casta libertad — se tomaban de las manos con las caras muy cerca, y abandonada ella en pensamiento, entornaba los ojos limitándose a escuchar las palabras dulces que él le decía en la lengua armoniosa y velada del cariño, y a veces, cuando la mujer discreta, se le escapaba un «te quiero» cantado solamente con los labios, frase muda que él adivinaba sin oír por el movimiento de los mismos. Al principio, Edgar no reparó en este modo de ser de su novia, más luego, al compenetrarse de la táctica que ella desplegaba y al convergerse que no respondía a sus diversas insinuaciones de llevarla por el terreno de la franqueza, se uniformó de discreción también él, y comenzó a sacarle filo al florete del orgullo en la piedra fría de la frivolidad. A pesar de esto, era más franco que ella, y por el hecho de ser más amplio de espíritu por naturaleza, le costaba más disimularlo. A veces lamentaba los orgullitos amorosos de su novia y una exagerada honestidad dentro del noviazgo que hacía andar a paso de buey la marcha de los acontecimientos, y otras, se alegraba de los mismos orgullitos de ella, aunque estos revistieran las actividades de la amada de cierta frialdad virtuosa tras la cual, de tiempo en tiempo, levantando el velo que la cubría, vislumbraba el corazón grande y amoroso de la elegida, cuando a fuerza de latidos rompía algunos hilos del velo en que se enerraba para mostrarse húmedo de sentimientos en la más legítima y humana de sus desnudeces.

En tanto, Malula, sin abandonar su posición, tras los vidrios empañados por el aliento, pálida y con ojeras, parecía una cortesana santificada de romanticismo pintada por Gocé.

FERNÁN SILVA VALDÉS.

HENNÉ DE CHABRIER

La mejor tintura para teñir las cejas. En pasta y líquida.

• APLICACIÓN Y VENTA •
MAISON GIMENEZ

BUENOS AIRES, 593

Teléfono La Uruguay, 3397 (Central)